

CASAS DEL SIGLO XVII EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Enrique Ayala Alonso*

Transfiguración de la ciudad

Son numerosas las crónicas y las cartas en las cuales podemos conocer la gran admiración que causó a los conquistadores españoles la ciudad de Tenochtitlan; para algunos de estos hombres, la capital mexicana no sólo tenía diversas características que la hacían a sus ojos magnífica y singular, sino que además poseía una extensión y una población mucho mayores a las que tenían por entonces las ciudades del viejo mundo. No obstante la fascinación que despertó en los hispanos la metrópoli indígena, no tuvieron ningún reparo en destruirla e incendiarla para lograr su conquista; aunque a cambio de

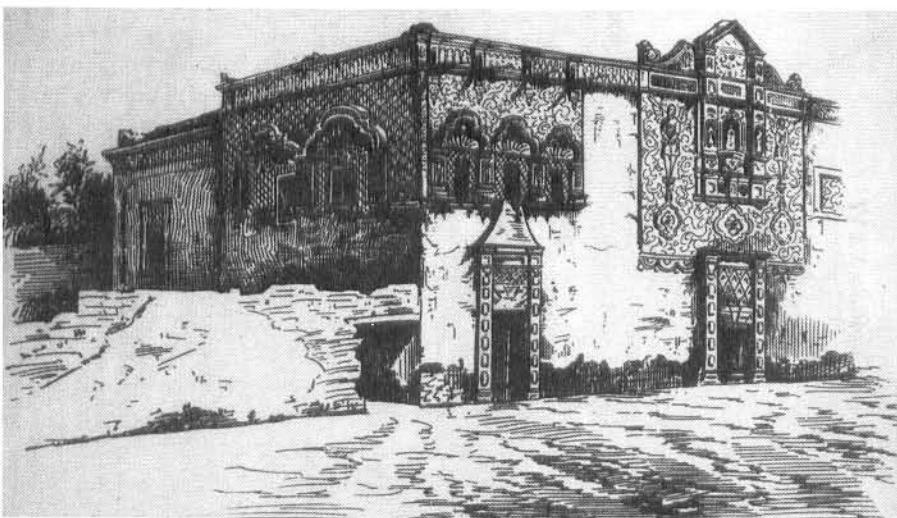
ello comenzaron a erigir en el mismo sitio otra urbe singular, que pronto lograría gran renombre y un sitio privilegiado dentro de la cultura universal, vigente hasta el día de hoy.

Cercana a cumplir setecientos años de su fundación primigenia, la Ciudad de México ha tenido una historia azarosa, en la que pareciera existir un apremio por sepultar los recuerdos de su pasado. “La gran destrucción que se ha hecho durante siglos de los edificios de esta ciudad le han ganado el epíteto de ser “la única metrópoli que posee la rara virtud de autodestruirse para volver a levantarse sobre sus ruinas”. La frase es más elogiosa que verdadera, pues lo que realmente ha sucedido es que ha sido víctima de una destrucción humana bastante irracional,

amén de que en varias ocasiones ha sufrido los poderes destructivos de la naturaleza.

El agua, por ejemplo, ha sido uno de los elementos que mayor daño le han causado, y sus efectos destructivos la asolaron desde tiempos muy antiguos. En la época del rey Ahuizotl, a finales del siglo xv, la ciudad sufrió daños importantes a causa de una inundación, y de las primeras décadas de la vida virreinal son memorables diversas avenidas, que tuvieron su peor momento en 1629, año en que aconteció la mayor de su historia, pues la ciudad estuvo bajo las aguas por más de cuatro años, lo que causó la pérdida de los edificios del siglo de la Conquista que habían sobrevivido a la acción nociva de otros aluviones y de la modificación humana.

*Profesor investigador del Departamento de Métodos y Sistemas

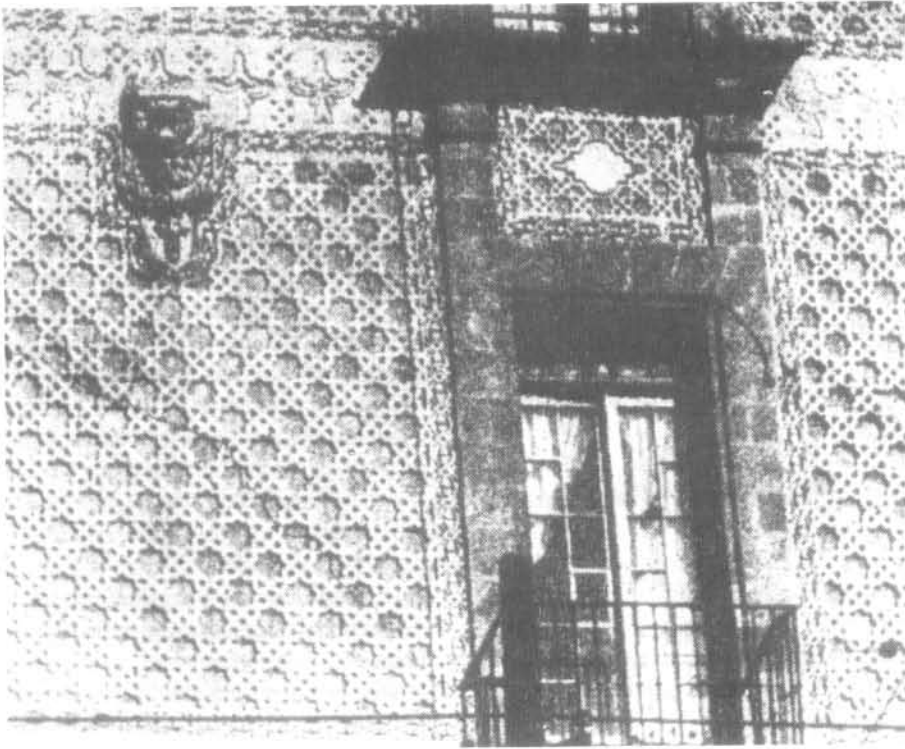


“Casa del Judío”. Estuvo ubicada en el antiguo barrio de San Pablo. Casas como esta fueron abundantes en la Ciudad de México.

Las ajaracas, rasgo de una época

Como consecuencia de esa atroz inundación, la ciudad tuvo que ser reconstruida prácticamente en su totalidad, creándose una nueva imagen de la metrópoli colonial, ya que a pesar de que la estructura urbana original no se alteró, la nueva morfología resultaba bastante diferente de las hechas castrenses que le habían dado los conquistadores. No se requería ya de fortalezas que pudieran resistir algún ataque indígena, pues se había logrado el sometimiento de los naturales, y se podían realizar arquitecturas bastante más sutiles.

Se daba así paso a edificios de todo género, en los cuales se fundían las sensibilidades española—impregnada de he-



Casa de los Acebedos. Las ajaracas de esta mansión constituían uno de los mejores ejemplos de la ornamentación arquitectónica del siglo xvii.

rencias arábigas— y la indígena; ambas muy proclives a expresiones artísticas de gran riqueza ornamental. Sin embargo, en el ámbito habitacional se consiguen las mixturas más singulares entre lo hispano, lo nativo y lo árabe; destaca de este último, un importante legado decorativo que distinguió a la arquitectura doméstica de la Ciudad de México del resto de las ciudades hispanoamericanas, incluyendo la Puebla de los Ángeles y los poblados de su región, donde por otros caminos se recrearon casi hasta el delirio las filigranas arábigas.

Las ajaracas se utilizaron profusamente en el siglo xvii como elementos de ornato, y dieron, junto con los muros aplanados de mortero de cal, una imagen bastante singular a la Ciudad de México. Estos ornamentos, cuya delicadeza requería para su fabricación necesariamente de la argamasa, fueron utilizados por primera vez en el siglo xv por artesanos mozárabes, y son el resultado de haber trasladado hacia los exteriores el sentido ornamental de los alfarjes de madera, que engalanaban los recintos moriscos.

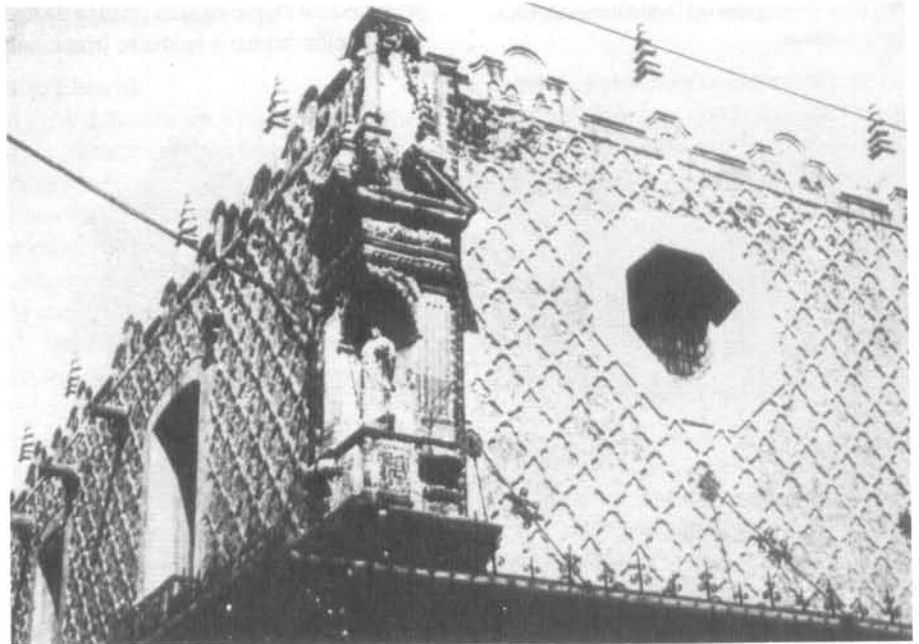
Esta suerte de encaje arquitectónico comenzó a utilizarse en México a finales del siglo xvi, aunque fue hasta el siglo

siguiente cuando su uso adquirió auge, utilizándose primero en los edificios religiosos, y más adelante en los civiles. El convento de Tláhuac —al oriente del Distrito Federal— conservaba un ajaracado excepcional de finales del primer siglo colonial.

Durante el siglo xviii, la arquitectura doméstica de la Ciudad de México fue objeto de diversas transformaciones, utilizándose profusamente en las fachadas el tézontle, porosa piedra volcánica, que en combinación con las tenues tonalidades grises de la piedra chiluca, conformaron una nueva apariencia arquitectónica, que constituye, además, la imagen que ha llegado hasta nosotros de la metrópoli colonial. Seguramente durante ese último siglo del dominio español muchas de las viejas casas de la centuria precedente trocaron sus muros aplanados de argamasa u ornamentados con lacerías del mismo material, por la rojiza piedra tezontle.

Tal fue la importancia que tuvieron las casas ornamentadas con ajaracas que, a pesar de los profundos cambios que sufrió la arquitectura doméstica a lo largo de los siglos xviii y xix, y de las varias demoliciones que se realizaron en los años posteriores a la Reforma, más de una decena de esas singulares construcciones llegó incólume al siglo xx, cuando la gran mayoría encontraron su destrucción, fueron mutiladas o tan alteradas que perdieron todos los rasgos distintivos de su época.

El interés por obtener mejor provecho de su privilegiada ubicación en el centro histórico y el desprecio o el desconocimiento de nuestro pasado, fueron muchas veces los factores que intervinieron para que estos viejos inmuebles resul-



Casa ubicada en la esquina de Jesús María y Corregidora. La casa aún existe pero no sus ajaracas.

taran alterados o destruidos; pero también el abandono de varios años en el que estuvieron algunos de ellos causó daños irreversibles en sus delicados ornamentos fabricados de cal y arena.

No deja de causar extrañeza que estas casas, que subsistieron sin mayores daños por mucho más de doscientos años, tuvieran que sucumbir en el siglo xx, cuando podría suponerse que se apreciaría mejor su valor y además existen leyes para su protección. De nueva cuenta se cumplió el inexorable sortilegio que pareciera pesar sobre la permanencia de las edificaciones de esta ciudad.

Vestigios habitacionales del xvii

Muchas construcciones habitacionales del siglo xvii que llegaron a la época actual, sufrieron alteraciones importantes durante los siglos anteriores, al grado que algunas de ellas han sido consideradas como obras realizadas en el siglo xviii. Entre las casas más conocidas del segundo siglo colonial que tuvieron intervenciones importantes durante la centuria siguiente están: la del mayorazgo de Oñate, ubicada en la esquina de las calles de González Obregón y Brasil, que se agregó al edificio que sirvió a la Aduana Nueva; la mansión de los condes del Valle de Orizaba, conocida también como "Casa de los Azulejos", en la avenida Madero y el callejón de la Condesa; la del capitán Juan Chavarría de Valera, en Justo Sierra 55; las dos casas del mayorazgo de Guerrero, ubicadas en sendas esquinas de las calles de Correo Mayor y Moneda y la residencia del conde de Santiago de Calimaya, en la esquina de Pino Suárez y República de El Salvador. Estas tres últimas casas fueron modificadas por el célebre arquitecto Francisco Guerrero y Torres.



Casas del mayorazgo de Guerrero. Casas originarias del siglo xvii, reformadas en la centuria siguiente.



Casa en la cerrada de Ecuador. Se cree que esta casa perteneció a los descendientes del emperador Moctezuma. Ha perdido su ajaracado.

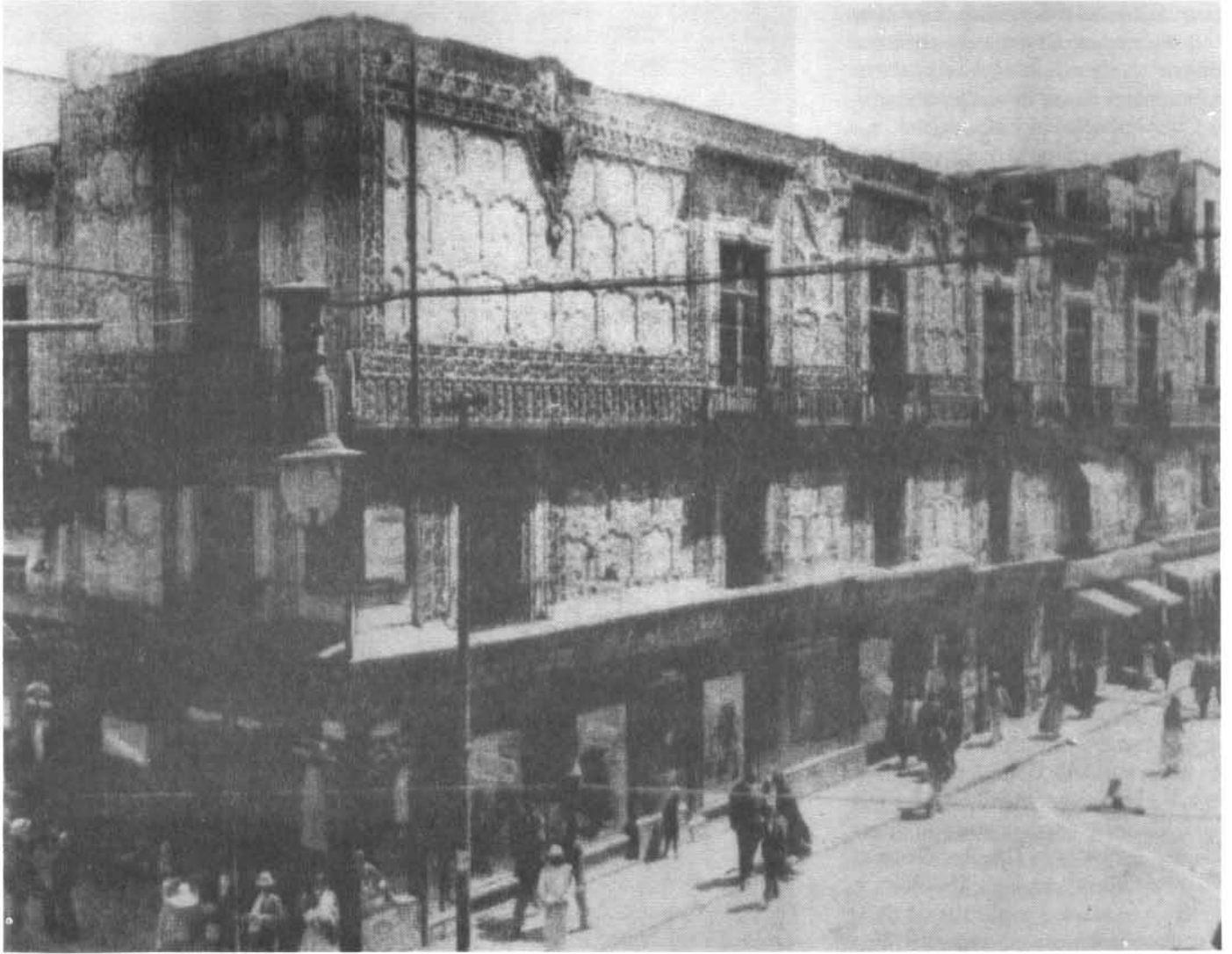
No exentos de ciertas alteraciones realizadas en sus interiores, también llegaron a nuestra centuria numerosos edificios habitacionales, que conservaba prácticamente intactas sus características ornamentales. La mayoría de estas casas, entre las que hubo algunas de vecindad y otras señoriales, destacaban por su belleza y cantidad las decoradas con ajaracas de muy variadas geometrías. Las más importantes viviendas del segundo siglo colonial se encontraban a principios del siglo en las siguientes calles:

- Amargura. (República de Honduras 56).
- Arco de San Agustín. (República de El Salvador 75).
- Arquillo y San José el Real. (5 de Mayo e Isabel la Católica).
- Callejón de Tenexpa. (Cerrada de Ecuador 10).
- Callejón de Santa Inés. (Academia núm. 14).
- Don Juan Manuel y la Joya. (5 de Febrero y Uruguay).
- Escalerillas y el Reloj. Casa de los Acebedos. (Guatemala y Argentina).
- Jesús María y la Acequia. (Jesús María y Corregidora).



"Casa del Nacimiento", un relieve colocado en uno de sus muros da nombre a esta casa.

- Medinas y Plaza de Santo Domingo. Casa del "Nacimiento". (Cuba y Plaza de Santo Domingo).
- Mesones 72.
- Montepío Viejo (San Idelfonso).



Casa en la esquina de las antiguas calles de Don Juan Manuel y la Joya. Fue demolida en los años treinta.

- Monterilla. Casa del mayorazgo de López de Peralta. (5 de Febrero 15).
- San José el Real. (Isabel la Católica 7).
- San Juan de Dios. (Av. Hidalgo 51).
- Soledad de Santa Cruz. (Soledad 88).

En menos de cincuenta años varias de estas casas han perdido casi totalmente sus elementos ornamentales. La de la cerrada de Ecuador conserva como muestra de sus antiguas ajaracas únicamente una superficie cercana a un metro cuadrado; las de las calle de Honduras, Mesones, República de El Salvador, Jesús María esquina con Corregidora, y Av. Hidalgo han perdido en sus fachadas casi todos los vestigio de su época. Las casas de las calles de la Academia, de Mesones y de Jesús María se encuentran abandonadas y casi en ruinas, peligrando la estabilidad de las dos primeras.

Las casas de las calles de San Idelfonso y de la Soledad fueron demolidas y su lugar lo ocupan construcciones bastante insulsas; la mansión que perteneció al conquistador Jerónimo López, ubicada en las calles de Cinco de Febrero, fue mutilada, conservándose únicamente la mitad de su frente original. La que se podía admirar en las antiguas calles de Don Juan Manuel y la Joya, fue demolida en la tercera década del presente siglo para construir en su lugar un edificio moderno, aunque paradójicamente las fachadas de la nueva construcción muestran un ajaracado de cemento, remedo del original.

Historia reciente de una vieja casa

Otros edificios de esa época, como el que perteneció al mayorazgo de los Acebedos, han tenido una historia azarosa. Esta magnífica casa—posiblemen-

te la de mayor antigüedad en la Ciudad de México—estuvo hacia los años trein-



Casa de los Acebedos. Aún no se había construido el tercer piso; a la izquierda se ve el también desaparecido edificio del Seminario.

ta en riesgo de desaparecer. Su entonces propietario solicitó permiso a las autoridades para derribarla argumentando que se trataba de un inmueble viejo, dañado y carente de todo valor artístico e histórico, ya que su fachada sólo estaba decorada con adornos hechos de cal y arena, y además, el primer propietario del predio —otorgado al padre Luis Méndez por Hernán Cortés en 1527— había sido un clérigo que ya nadie recordaba.

Ante estos persuasivos argumentos, las autoridades encargadas de velar por el patrimonio artístico nacional emprendieron la defensa del inmueble, y una semana después de que el propietario presentó la solicitud formal para el derribo de la casa, el secretario de Educación Pública, Dr. José Manuel Puig Casauranc, la declaró monumento nacional. Ante esto, el propietario solicitó amparo en primera y segunda instancias contra actos del Presidente de la República y del Secretario de Educación Pública. En ambas ocasiones el recurso le fue negado y quedó además legalmente obligado a reparar por su cuenta la casa.

Buscando que se incrementaran los daños y así poder demolerla, la casa fue dejada casi al abandono, haciendo necesaria la enérgica intervención del posterior secretario de Educación Pública, licenciado Narciso Bassols, cuyos oficios culminaron con la contratación del prestigiado arquitecto Federico Mariscal para realizar los trabajos de consolidación y remodelación de la casa. Este arquitecto —que contaba en su haber profesional, entre muchas otras obras, la

terminación del Palacio de Bellas Artes, y que más adelante realizaría el diseño para el nuevo edificio del Departamento de Distrito Federal en el zócalo capitalino— modificó el interior del inmueble y le construyó un piso más, donde reprodujo las ajaracas que ornaban los niveles inferiores.

El inmueble quedó habilitado para vivienda, oficinas y comercios, funcionando durante varias décadas exento de

cualquier tipo de problemas; sin embargo, hacia finales de los años setenta, a causa de las vibraciones en su estructura que producía el paso del “metro”, según señaló la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, la casa comenzó a sufrir cuarteaduras y grietas en su fachada y muros interiores. Sin recibir mayor atención por estos problemas, la sorprendieron los sismos de 1985, lo que obligó a la realización de un nuevo dicta-



Casa de los Acebedos. El piso superior fue construido en 1933.



Casa en la calle de Isabel la Católica. Reconstruida recientemente esta casa nos permite conocer las características de la ornamentación arquitectónica del siglo xvii.

men técnico, el cual dio a conocer la urgencia de intervenir el inmueble para su salvaguarda.

Al acrecentarse los daños al inmueble, se reconoció en otro dictamen técnico, practicado en 1991, que el edificio se encontraba fuera de los límites de seguridad debido a los daños que mostraba su estructura, y que su creciente deterioro era consecuencia del bombeo de agua a poca profundidad que se realizaba en los restos del Templo Mayor, fronteros con la casa. Asimismo, se recomendaba eliminar totalmente el piso superior que en 1933 fue agregado por Federico Mariscal.

Después de una larga espera, por fin se emprendieron los preparativos para llevar a cabo los trabajos de consolidación y el viejo inmueble fue recubierto con una falsa fachada pintada en tela; misma que poco tiempo más adelante serviría para ocultar la pérdida del edificio que desapareció en 1994. Las autoridades citadinas y las responsables de velar por el patrimonio inmueble han mantenido silencio sobre la pérdida de este valioso bien patrimonial, del que se ha llegado a decir que se derrumbó por lo inadecuado de los trabajos que se ejecutaban.

Con la pérdida de la antigua mansión de los Acebedos, también conocida como la “Casa de las Ajaracas”, la Ciudad de México ha sido privada de una de sus más



Casa en la calle de Honduras. Posiblemente sea la vecindad más antigua de la Ciudad de México. A pesar de que se encuentra habitada su estado es ruinoso y ha perdido sus ajaracas.

añosas y exquisitas joyas arquitectónicas. De casi una veintena de casas originarias del segundo siglo colonial que a principios del siglo xx existieron en esta ciudad, hoy, a pocos años de que éste concluya, sólo se conservan cuatro ejemplos en buen estado. Dos de ellas poseen ajaracados reconstruidos: Cinco de Mayo 46 e Isabel la Católica 7. Otra, aunque ha perdido sus ajaracas, permite conocer con bastante aproximación la estructura espacial de una casa de aquella época: cerrada de Ecuador 10, y la última casa, aunque totalmente modificada en sus in-

teriores, es parte de una joya urbano arquitectónica única en esta ciudad: el portal de Santo Domingo.

Otras casas de la época que han sido transformadas en este siglo o se encuentran abandonadas aún podrían restaurarse, pues son la herencia más antigua de la arquitectura doméstica que posee esta ciudad. Sería muy lamentable que existiendo todavía la oportunidad de recuperar esos edificios, dejáramos que nuestra infausta tradición de acumular pérdidas arquitectónicas volviera a menguar nuestro patrimonio histórico.



Casa en la calle de Mesones. Esta es otra de las joyas arquitectónicas abandonadas en riesgo de venirse abajo. Sus ajaracas ya no existen.